

Mujer en traje de batalla

LA MODERNA NOVELA HISTÓRICA LATINOAMERICANA empieza en *El reino de esta mundo*, de Alejo Carpentier, en 1949, y alcanza su máximo esplendor con *El siglo de las luces*, que el mismo autor publicó en 1962. Esta última marcó decisivamente las novelas publicadas por el grupo de escritores del llamado Boom, y las de sus discípulos. *Terra nostra* (1975), de Carlos Fuentes, fue el experimento más amplio y sostenido entre esos libros, y uno de sus más acabados productos *El mar de las lentejas* (1979), de Antonio Benítez Rojo. La característica más notable de esa moderna novela histórica latinoamericana fue tomar sus argumentos y protagonistas de la historia del Nuevo Mundo, pletórica de incidentes y personajes extraordinarios, pero con frecuencia olvidados, que sobrepasaban por su extrañeza y originalidad todo lo que la imaginación podría engendrar. El manifiesto y programa de este movimiento se encuentra en el asendereado prólogo a *El reino de este mundo*, reciclado a principios de los sesenta en el influyente ensayo de Carpentier «De lo real maravilloso americano». Captada por el novelista, la historia americana sería capaz de revelar la identidad americana y la especificidad de su literatura.

La práctica del subgénero puso de moda la investigación histórica, con un ahínco, precisión y amor al detalle no vistos antes en la novela latinoamericana. Era necesario un estricto cotejo de fechas para dar, o revelar, la estructura temporal del devenir histórico. El tegumento imaginativo desarrollaba personajes, dramatizaba encuentros y desencuentros, y suministraba la *petite histoire*, con sus intrigas amorosas y otros sucesos dignos de cualquier vida. Pero el encuadre histórico era verídico y verificable para no violar lo «real» de lo «maravilloso», porque éste depende de aquél. La prosa con frecuencia se hizo algo añejona, remodando la de las fuentes documentales de que fueron extraídas las historias. Hay algo de *pastiche* en este tipo de novela que es parte de tu tono y sabor. *Mujer en traje de*

Roberto González Echevarría

batalla, la nueva novela de Benítez Rojo, proviene de esta tendencia, pero con variantes significativas que la convierten, tal vez, en el punto de partida de un nuevo estilo que no puedo resistir llamar posmoderno.

La diferencia más notable es la ligereza, lo entretenida y asequible que resulta *Mujer en traje de batalla*; es como una novela de aventuras cuya acción se desarrolla en el enorme panorama histórico de las guerras napoleónicas y sus secuelas en el Caribe, sobre todo Cuba. Se ha abandonado aquí el empeño de hacer de la historia la clave de la identidad americana, o de dar en la novela la clave de la historia. La protagonista tiene en común con el Víctor Hugues de Carpentier ser un personaje olvidado, pero el paso de Enriqueta Faber por la historia no marca un itinerario simbólico o alegórico más allá de su propia rareza. Ésta, que constituye el giro principal de la novela, es su bisexualidad, el actuar a veces como la mujer que es, pero sobre todo otras veces como hombre. En este papel Enriqueta logra lo que no podría como mujer: se hace médico en París, funge como tal en la campaña rusa de la Grande Armée, y viaja a Cuba. Enriqueta decide hacerse pasar por hombre después de enviudar de Robert, un húsar que fue el primer amor de su vida, para así poder estudiar medicina. Sus cambios de apariencia son dictados por el anhelo de disfrutar de las libertades que gozan los hombres —ese anhelo, y una vaga melancolía tiñen este relato que la propia protagonista escribe en Nueva York ya vieja. La novela comienza por el final, cuando Enriqueta viaja a Nueva Orleans, deportada de Cuba. Allí, después de revalidar sus credenciales de médico y ejercer en Baracoa, se había casado con una joven tísica a la que quería salvar. Descubierta su identidad sexual, fue condenada a servir cuatro años en el hospital de mujeres de La Habana por la impostura que la había llevado a violar leyes civiles y religiosas. En la goleta que la lleva a Nueva Orleans intercambia identidades con una prostituta francesa también deportada, y vive otras aventuras, fabulosas al parecer, que no se narran en la novela por el agotamiento de la protagonista narradora.

La más importante diferencia entre ésta y las otras novelas históricas de los sesenta y setenta es el tono sentimental que la narración en primera persona le confiere. *Mujer en traje de batalla* traza un periplo histórico-geográfico de vastas proporciones, pero que no es épico debido al intimismo de la narrativa. En *El reino de este mundo* y *El siglo de las luces* los personajes prácticamente carecen de desarrollo —con la excepción de Sofía, antecedente de Enriqueta— porque los impulsan acontecimientos históricos entrelazados que pautan su destino. No hay en ellos profundidad. *Mujer en traje de batalla* es todo lo contrario; ésta es una novela de personaje más que de acción, a pesar de que el bien trabado argumento tira del lector y lo mantiene entretenido. Enriqueta es un personaje intenso, hondo, altamente sensible, consciente de las alternativas que se le presentan, arrastrado por sus sentimientos, y hasta con una vertiente mística que le produce visiones. Ella, no la historia, lleva las riendas de su destino. Es, además, un narrador autoreflexivo, pero sin permitirse las ya manidas piruetas formales de las novelas vanguardistas. Lo que la marca como escritura es su melancolía y su sensibilidad. *Mujer en traje de batalla* tiene

un tono lírico nuevo en la escritura de Benítez Rojo y completamente distinto del de las novelas del Boom. La prosa, dúctil y de gran riqueza léxica, es uno de los grandes logros de la novela porque parece justa, suficiente para lo que describe, no excesiva y rebuscada, como a veces ocurre en Carpentier. Es el filtro por el que Enriqueta tamiza las tornasoladas memorias de su vida, desde las escenas de la campaña rusa, reminiscentes del Stendhal de *La Cartuja de Parma*, hasta los viajes por la campiña cubana, especialmente el área próxima al Mariel, que a mi me recuerdan páginas de Cirilo Villaverde. El efecto es poético más que épico, más de emoción estética que de sentido docto —más arte que historia.

Me atrevo a predecir que *Mujer en traje de batalla* va a ser un hito en la novelística histórica y en la narrativa latinoamericana en general. Rebasado el experimentalismo vanguardista del Boom, esta novela constituye el regreso a una narrativa de lectura amena, asequible, placentera, asequible a un público amplio, y que parece hecha para ser convertida en película. También parece inevitable una secuela en la que Enriqueta narre todas esas aventuras que dejó en el tintero, «porque ni siquiera pude hablar de aquellas extrañas noches de vodú en Nueva Orleans, ni de mi productiva asociación con Marie Lavau, ni cómo fue que conocí a mi tercer marido, ni de mi clandestino regreso a La Habana, ni de mi encuentro con Christopher en Londres; se perderán en el silencio los días de Irlanda y Egipto, mi amistad con Garibaldi, mis últimas noches de amor en la casa encantada de Venecia. ¡Cuánto daría por contar todo esto!» (pp. 507-508). Ojalá que Benítez Rojo encuentre la inspiración y la energía suficientes para animar a Enriqueta a que llene ese vacío, ese puente entre su llegada a Nueva Orleans y su conversión a escritora en Nueva York.